

REFLEXION A LOS 20 AÑOS DE MEDELLIN

*Card. Juan Landázuri Ricketts
Arzobispo de Lima y Primado del Perú
Copresidente de la Segunda Conferencia General
del Episcopado Latinoamericano en Medellín*

“Por una convergencia de circunstancias proféticas, se inaugura hoy, en esta visita, un nuevo período de la vida eclesial. Procuremos adquirir conciencia exacta de este feliz momento que parece ser, por divina providencia, conclusivo y decisivo”¹.

Con estas palabras inauguraba el Papa Pablo VI la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín. A los 20 años de su celebración, nosotros estamos hoy mejor capacitados para comprender el alcance de ese “feliz momento conclusivo y decisivo”. Se abrió para nuestra Iglesia una etapa llena de esperanza y de desafíos a los que quizá no siempre hemos sabido responder plenamente. Como testigo privilegiado de ese acontecimiento eclesial, pues me tocó el honor de ser copresidente, y como pastor de una Iglesia que ha querido ser fiel al espíritu de Medellín, quiero resaltar algunos aspectos que tienen también hoy vigencia eclesial para los momentos que vivimos.

1. La Colegialidad.

La primera nota que quiero relieves es la experiencia de colegialidad y comunión eclesial. Medellín es un ejemplo de lo que en lenguaje conciliar se comenzó a llamar la colegialidad episcopal, es decir, la

1. Discurso inaugural de Pablo VI p. 25. Las citas están tomadas de la edición del CELAM “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio”, I Ponencias y II Conclusiones.

conciencia de todo un episcopado de lo que San Pablo llama “la solicitud por todas las iglesias” (2 Cor 11, 28), avalada por la presencia del Santo Padre, eje y vínculo de unidad. “Expresando el ejercicio actual de nuestra colegialidad, vivimos esta admirable comunión, responsable y servicial, para con los actuales intereses de todo el Cuerpo del Señor”².

Nos reunimos hermanos en el episcopado que compartimos la experiencia de responsabilidad común ya desde nuestra primera reunión en Río de Janeiro en 1955 y que nos permitió hablar del CELAM como “pionero de colegialidad”³. Nuestra reunión de entonces se adelantó al Concilio y era ya “conciliar ante litteram” como nos dijo el Cardenal Samoré⁴. Y de esta colegialidad y eclesialidad responsable el mismo Papa se hizo testigo en el discurso inaugural al citar muchos de nuestros documentos en los que habíamos expresado nuestra solicitud pastoral. Como yo mismo dije en el discurso de inauguración de la Segunda Conferencia, nuestro encuentro colegial y fraterno, fue la expresión visible y responsable de “una Iglesia que está tratando por todos los medios a su alcance, de estar presente en el mundo, de escucharlo, de darle respuesta”⁵.

2. En fidelidad al Concilio.

Esta presencia de la Iglesia en el mundo se vivió en continuidad y en fidelidad al espíritu del Concilio. Así lo explicitaba el tema central de nuestro encuentro: *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*.

Como el Concilio para la Iglesia universal, Medellín también fue para nuestra Iglesia latinoamericana un “Nuevo Pentecostés”, un rejuvenecimiento renovador que brota del Espíritu y que unge a la Iglesia y la envía al mundo para ser en él “luz de las naciones”. Medellín es quizá la primera experiencia de una Iglesia que asume con responsabilidad y seriedad el espíritu del Concilio, expresado sobre todo en las dos Constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*.

-
2. Discurso inaugural del Cardenal Juan Landázuri Ricketts, en la Catedral de Bogotá, p. 44.
 3. Discurso inaugural, p. 44.
 4. Discurso del Cardenal Samoré, p. 57.
 5. Discurso del Cardenal Juan Landázuri, p. 45.

Esta última, junto con la Encíclica *Populorum Progressio* (una Encíclica nacida del espíritu del Concilio), han inspirado el encuentro de Medellín que quiso hablar de una Iglesia en la que encuentran eco “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren” (GS 1), que son la mayoría de nuestro continente. Y este abrirse a los pobres lo vivimos como una auténtica experiencia espiritual, como un esfuerzo por reconocer el rostro del Señor entre sus predilectos, como la *Lumen Gentium* señalaba (LG 8).

Estar presente en el mundo, servir a los pobres en la línea del Concilio, no es otra cosa que ser testigos del amor de los que salva. Por eso a Medellín se le pueden aplicar las palabras con las que Pablo VI definió el Concilio: “un acto de amor a la humanidad”⁶. Pero este acto de amor (de Medellín y del Concilio) brota de la fe y de la fidelidad a Cristo. Citando al Concilio se dice en el Documento sobre Justicia: “el amor, ley fundamental de la perfección humana y por lo tanto, de la transformación del mundo, no es solamente el mandato supremo del Señor; es también el dinamismo que debe mover a los cristianos a realizar la justicia en el mundo, teniendo como fundamento la verdad y como signo la libertad”⁷. Y citando otro texto del Concilio se enfoca la realidad latinoamericana a la luz de Cristo: “La Iglesia ha buscado comprender este momento histórico del hombre latinoamericano a la luz de la Palabra que es Cristo, en quien se manifiesta el misterio del hombre”⁸. El humanismo de Medellín es cristianismo cristocéntrico que se hereda del Concilio.

3. El servicio al hombre

Por fidelidad al Concilio y, sobre todo, por fidelidad a Cristo, la Iglesia de Medellín asumió con seriedad el servicio al hombre. La idea del servicio es central y clave en el Concilio, decía Pablo VI Nosotros mismos lo afirmamos en el discurso de bienvenida al Santo Padre en Bogotá: “El pueblo de Dios que vive y sufre en estas tierras quiere decir de sí mismo por fidelidad al Señor, que desea servir

6. Discurso de Pablo VI el 10 de setiembre de 1965 en el Concilio Vaticano II, ed BAC p. 999.

7. Justicia, 4.

8. Introducción y Justicia 4 y 5.

a la humanidad... A la luz del Vaticano II queremos ver si hemos puesto en práctica su idea central, hondamente cristiana, del servicio. Y queremos comprender hasta dónde ha de llevarnos este servicio al hombre". Al decir estas palabras nos referíamos a textos de la LG y al discurso de Pablo VI en la clausura del Concilio⁹.

Y en el discurso que como copresidente pronuncié en la inauguración de Medellín, recogiendo una idea de Pablo VI que después Puebla desarrollaría, de cómo en el rostro de cada hombre se nos invita a reconocer el rostro de Cristo, nos preguntábamos: "¿Y quién al escuchar las necesidades y miserias de millones de hombres y mujeres latinoamericanos, al ver en sus rostros el rostro del Señor, no siente que debe estar con ellos?"¹⁰. La Iglesia de Medellín se confiesa servidora del hombre de este Continente para ser servidora de su Señor. Desde esta perspectiva se entienden todas las Conclusiones, pero de modo especial las comprendidas en el área de *Promoción humana*. Las otras áreas, *Evangelización y crecimiento en la fe e Iglesia visible y sus estructuras*, presentan las exigencias de renovación de la Iglesia para poder cumplir mejor la primera.

La Iglesia reunida en Medellín "centra su atención en el hombre de este Continente que vive un momento decisivo de su proceso histórico", se decía en la Introducción a las Conclusiones. Se trata de un hombre creyente que vive en un continente joven pero agobiado por la pobreza y enfrentando diferentes situaciones de violencia. Por eso Medellín, queriendo servir a este hombre concreto, hace tres opciones, dos de las cuales van a ser reforzadas en Puebla: la juventud, los pobres y la paz.

Tratándose de un continente joven, se dedica un estudio especial a la juventud, pues "la Iglesia ve en la juventud la constante renovación de la vida de la humanidad y descubre en ella un signo de sí misma. La Iglesia es la verdadera juventud del mundo"¹¹. Se quería así, no sólo citar el mensaje del Concilio a los jóvenes, sino entroncar una vez más con el espíritu del Concilio y la exigencia de renovación para la Iglesia y la humanidad.

-
9. Discurso del Cardenal Juan Landázuri R., p. 20. Las citas del Vaticano II son LG 13c, 18a, 21a, 24a, 27c, 32c.d.
 10. Discurso del Cardenal Juan Landázuri, p. 48.
 11. Juventud 10.

En este mismo continente de juventud y esperanza se verifica "la miseria que margina a grandes grupos humanos: esa miseria como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo"¹². La Iglesia, servidora del hombre, "no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria"¹³.

El sordo clamor que sube de nuestras gentes y que Puebla constataría que en los últimos años se ha hecho más amenazador, obliga a la Iglesia a definirse en favor de los pobres y de la justicia y opta por una "preferencia y solidaridad" con ellos. Esa opción la hace la Iglesia por fidelidad al Señor y por fidelidad al hombre latinoamericano.

Si "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz", el subdesarrollo latinoamericano conspira contra la paz y las situaciones de injusticia crean una auténtica "violencia institucionalizada" (Paz 16). Por eso la Iglesia de Medellín se compromete con la paz por fidelidad al Señor y por fidelidad al Vicario de Cristo, Pablo VI, el peregrino de la paz, que hizo de este tema "uno de los más relevantes de su pontificado". Pablo VI fue quien instituyó la Jornada Mundial de la Paz a celebrarse el día primero de cada año. La causa de la paz es tan sagrada para Medellín que donde se rechaza la paz, hay "un rechazo del Señor mismo". (Paz 14). Después de 20 años podemos reconocer que si se hubiera asumido más seriamente la causa de la paz que Medellín nos propuso, tal vez se habría evitado en muchos de nuestros países las "consecuencias explosivas" a las que Medellín se refería (Paz 7).

Al asumir la causa de los pobres la Iglesia es consciente que debe asumir también su pobreza y que ésta es la mejor manera de transparentar a Cristo (Mensaje), de convertirse en signo lúcido y auténtico de su Señor (Pobreza 7), aunque esto implique el compartir la suerte de los pobres, incluidas la necesidad, la condena o la persecución¹⁴.

12. Justicia 1.

13. Pobreza 1.

14. Mensaje p. 22.

La paz, la juventud y los pobres son, sin duda, tres temas preferidos de Medellín que tienen su plena vigencia también hoy.

4. La Nueva Evangelización.

Medellín fue realmente una irrupción del Espíritu que inspiró y renovó el compromiso evangelizador de la Iglesia durante estos últimos años. A pesar de las “desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín el desconocimiento y aún la hostilidad” (Puebla 1134), las conclusiones de esta asamblea del Episcopado latinoamericano deben seguir inspirando entre nosotros la misión de la Iglesia en los años que vienen, sobre todo ahora que nos disponemos a celebrar el V Centenario de la Evangelización de América Latina. Mirando hacia el futuro inmediato, nuestra tarea entronca con Medellín que también se propuso *alentar una nueva evangelización* (Mensaje) y que por voluntad del Papa constituye hoy un tema medular para nuestro continente. Por fidelidad a Medellín y por fidelidad al Papa la Iglesia de América Latina está hoy comprometida en la urgente tarea de la Nueva Evangelización y como Juan Pablo II nos recordaba a los obispos del Perú, en su esfuerzo por servir al hombre, “la Nueva Evangelización ha de prestar gran atención a la dignidad de la persona, a sus derechos y justas aspiraciones...” “por fidelidad a Cristo y por amor a los mas pequeños e indefensos”¹⁵.

Para que esta evangelización sea eficaz necesitamos aunar esfuerzos, coordinar iniciativas e integrar espíritus, siguiendo las sabias orientaciones de Medellín en su documento sobre *Pastoral de Conjunto*. La Iglesia deberá preceder con el ejemplo en el esfuerzo por “activar un proceso e integrar en todos los niveles” (Past. Conj. 1) en base a dos principios fundamentales que Medellín tomó del Concilio: la comunión y la catolicidad (Past. Conj. 5). Cabe recordar aquí la inmensa responsabilidad que nos toca a nosotros, los Pastores de la Iglesia, a quienes el Papa nos recordó en Puebla que no sólo somos “Maestros de la verdad”, sino también “Signos y constructores de la unidad”, “Defensores y promotores de la dignidad”. Frente a la amenaza de aislamiento o disgregación, debemos ser agentes de co-

15. Juan Pablo II a los obispos en Lima (Cfr. también RH 14).

muni6n eclesial y para ello, la renovaci6n personal y estructural "debe alcanzar todas las esferas del Pueblo de Dios, creando en obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, movimientos y asociaciones, *una sola conciencia eclesial*" (Past. Conj. 35, el subrayado es nuestro).

A los 20 a~os de Medell6n la situaci6n de pobreza e injusticia se ha agravado lejos de aliviarse. Por eso, frente a los s6ntomas de cansancio o la tentaci6n de replegarse sobre s6 mismo, la Iglesia necesita con m6s urgencia abrirse al mundo y al dolor de los pobres para "sentir los problemas, percibir sus exigencias, compartir las angustias: descubrir los caminos, colaborar en las soluciones" (Mensaje). Nos urge a ello una triple fidelidad: al Se~or, al hombre latinoamericano y al Papa. "El ejemplo y la ense~anza de Jes6s, la situaci6n angustiada de millones de pobres en Am6rica Latina, las apremiantes exhortaciones del Papa y del Concilio, ponen a la Iglesia latinoamericana ante una misi6n y un desaf6o que no puede soslayar y al que debe responder con diligencia y con audacia adecuadas a la urgencia de los tiempos" (Pobreza 7).

Lima, diciembre 1988.